



DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA ALAMEDA DE MEXICO

EL 27 DE SETIEMBRE DE 1853,

POR EL SEÑOR CORONEL

Don Bruno Ordoñez.



MEXICO.

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO.

1853.

DISCURSO

QUE EL

27 DE SETIEMBRE DE 1853

Debido haber pronunciado en la Alameda de Mexico el Sr.

Coronel D. Juan Odoñez,

Y POR SU AUSENCIA, LO VERIFICÓ A SU NOMBRE

SU HERMANO

El Sr. Coronel D. Bruno.

MEXICO.

Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes, N. 2.

1853.





Del templo de la virtud
Se pasa al templo de la gloria.

CICERON.

Señores:

BAJO el pórtico exterior de un sagrado monasterio, en la primavera de 1471, à la mitad del dia, y en medio de un sol abrasador que calcinaba las colinas de Andalucía, se veían, cerca del puerto de Pálos, dos estrangeros entregados al descanso, despues de una penosa marcha, bien revelada en su calzado roto, en su traje cubierto de polvo, y en su frente bañada de sudor. /

Estos dos estrangeros eran, Cristóbal Colon y su hijo Diego. Los monges Franciscanos que daban generosa hospitalidad à los viageros pedestres, albergaron entónces al iluste marino, que à pesar de sus infortunios, de sus trabajos, y de las preocupaciones de aquel tiempo, estaba destinado por la Divina Providencia, para descubrir este nuevo mundo. En efecto, el prior del monasterio de la Rábida, seducido por el grave continente, el carácter, el valor, la modestia, la virtud y la nobleza del desgraciado Colon, y poseyendo por otra parte conocimientos en la geografía, nada co-

munes, escuchó con gusto á su paciente viajero, sirvió de apóstol á sus fundadas doctrinas, y de interlocutor con la reina Isabel, quien tomando con entusiasmo la empresa de Colon, y con la generosa ayuda de tres navegantes ricos, consiguió al fin que se hiciese al mar el 3 de Agosto de 1492, y descubriese á poco tiempo de su embarque el hemisferio en que habitamos. Tal es, señores, el origen del descubrimiento de este nuevo Eden, de esta hermosa parte de la América Septentrional.

Mas tarde, un soldado español, el ilustre hidalgo de Medellin, por sus hazañas y por sus proezas, de que hay pocos ejemplos en la historia, debía de conquistar para la España, su patria, esta preciosa margarita; Hernan Cortés, con 300 soldados se hizo á la vela en Santiago de Cuba, en 18 de Noviembre de 1518; luego que desembarcó con su gente en el territorio de Zempoala, llevando sin duda la heroica resolucion de vencer ó morir en su arriesgada empresa, mandò echar á pique la escuadra que lo habia conducido á países ignorados, imitando así la osadía de Timarco, capitan de los Etólos, y el arrojó de Agatócles, que en las costas del Africa incendió sus bajeles, para quitar á los soldados el recurso de la fuga. Consumada desde entónces la conquista, la España fundó su dominio en estas ricas regiones, dándoles su religion, sus leyes y sus costumbres, hasta que por los sucesos políticos de la Península, en 1808, los Mexicanos despertaron de su letargo, y avivándose en su pecho el desco inestinguible de la libertad, secundaron el glorioso grito del inmortal Hidalgo, que en la noche del 15 de Septiembre de 1810, pronunciò INDEPENDENCIA en la congregacion de Dolores, de que era digno párroco.

Los sucesos de la insurreccion, y hechos tan heroicos como tuvieron lugar en esa época memorable, un orador mas elocuente que la voz de un simple soldado, os ha descrito hace pocos dias, y los nombres venerandos de Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos, Abasolo, Jimenez, Galeana, Bravo, Matamoros, Rayon, Lopez, Rosales, Alvarez, Guerrero, Mina, y otros muchos, que combatieron con denuedo por la independenciam de su patria, han resonado ya con entusiasmo en este hermoso vergel.

Mas hoy, señores, es el dia dedicado á recordaros la entrada del Ejército Trigarante en la capital de la República, empresa grande

á mis débiles esfuerzos; pero mexicano ántes que todo, no podía escimirme de la honrosa tarea que me confi6 la honorable junta patri6tica del Distrito, y admití gustoso, confiando mas en la indulgente benevolencia de este respetable auditorio, que en mi corta capacidad, ignorando aún, si podrán pronunciar mis lábios, las ideas que se agolpan en mi mente, los afectos que arden en mi alma. ¿Y qué mexicano no se sentirá herido de un golpe eléctrico, al oír pronunciar el nombre mágico de ITURBIDE?

¡ITURBIDE! este grande hombre tantas veces comparado por profundos escritores con los héroes mas famosos de la antigüedad, se dedicó desde su juventud á la carrera de las armas; fué siempre en ella un modelo de honor, de valor y de disciplina militar; combatió varias veces con bizarría en las filas del ejército español; pero cuando despues de una lucha sangrienta de once años, conoció que era la época mas propia para libertar á su patria de la esclavitud en que yacia, se unió para consumir obra tan portentosa con el héroe del Sur, y tomando el mando de las armas, y dándose ambos en Acatempan un fraternal abrazo, rompieron para siempre las cadenas que por tres centurias ligaron el nuevo con el antiguo Continente, y enarbolaron en Iguala ese pabellon tricolor, enseña gloriosa de nuestra santa RELIGION, de nuestra preciosa INDEPENDENCIA y de nuestra suspirada UNION.

«Llegué, ví y vencí,» escribió César á su amigo Armistio, despues de la batalla que en los campos cercanos á Zela habia dado á las tropas de Farnacés rey del Bósforo. Iturbide hizo tanto como César; pues en el limitadísimo espacio de siete meses, separó á un mundo del otro, derrotó á las huestes españolas en Arroyo-Hondo, Querétaro, Puebla, la Huerta y Atzacapotzalco, y las arrojó al otro lado de los mares, diciéndonos con el contento mas sincero, con el mas ardiente entusiasmo: «Mexicanos, ya sabeis el modo de ser libres, á vosotros toca el señalar el de ser felices.»

Hoy hace 32 años que el mismo héroe de Iguala, á la cabeza de un ejército numeroso, rico de gloria, y coronado por la victoria, hizo su espléndida entrada en esta hermosa capital: á su lado se veían aquellos distinguidos capitanes que lo acompañaron en su heroica resolucion, y que le fueron otros tantos brazos en una empresa tan difícil, que bien pudieron desfallecer los ciento del fabuloso Briarés.

Roma concedía á sus generales el honor de la victoria, que consistía en un arco triunfal donde se le ofrecía una corona de laurel, saliendo á recibirlo el senado en cuerpo, todas las autoridades, y un inmenso gentío que se afanaba por contemplar de cerca, al que por su valor, por su sabiduría y por su prudencia, habia sujetado nuevas regiones al dominio de la señora del mundo. México como Roma, en el día que nos ocupa, presentó al mundo el tributo de gratitud de que era tan digno el inmortal Iturbide, construyendo con elegancia un arco triunfal, y adornando todas las calles por donde una multitud inmensa debía admirar al hombre, que hermanando la política con la espada, habia elevado al rango supremo de Nación libre, soberana é independiente, á la que por espacio de trescientos años habia sido una colonia degradada.

Iturbide, desde el palacio Arzobispal de Tacubaya, hasta la Catedral de México, donde se cantó un solemne Te-Deum, oyó de boca de los mexicanos, aclamaciones tan puras, tan sinceras, que jamas escuchó monarca alguno del universo.

Al siguiente día depositó el omnimodo poder, que con tanto tino habia ejercido en los siete meses de su gloriosa campaña, en la junta llamada soberana; pues todo su anhelo, todo su deseo, era, volver á los goces de la vida doméstica, y dejar á los mexicanos en completa libertad para constituirse de la manera que juzgasen conveniente. Mas su fatal destino habia ordenado las cosas de otra manera y nombrado regente del imperio por la referida junta, y despues proclamado emperador, tuvo que empuñar el cetro que habia desdeñado la España, y subir al sόlido de donde debia descender luego, por circunstancias tan complicadas y difciles que seria difuso referir.

Napoleon al abdicar en Fontainebleau el imperio frances, lo hizo forzado de circunstancias no menos difciles; pues abandonado de sus mas acreditados generales y aun de sus amigos mas íntimos, como lo fué el mariscal Berthier, no le quedaba otro recurso, no podia adoptar otro partido. Iturbide por el contrario, aunque pudo afirmar su imperio con la adhesion sin límites de un ejército que lo adoraba, y que estaba pronto á sacrificarse por su augusta persona, no quiso envolver á la Nación en una desastrosa guerra civil, y si grande habia sido al empuñar la espada en Igualá, gran-

de había de ser al descender como magestad de un trono que por espacio de diez meses había ocupado tan dignamente./

Entre las cosas mas notables que dijo á los mexicanos en su tierra despedida, es digna de conservarse en la memoria la siguiente alocucion, que caracteriza bien la abnegacion sublime, el patriotismo puro, y las virtudes eminentes del héroe que la virtió: «No se ha presentado al pensamiento la necesidad de otro sacrificio. Si en la estension de la posibilidad hay alguno otro que ecsija el verdadero interés de la Nacion, yo estoy dispuesto á hacerlo. Amo á la patria donde he nacido, y creo que dejaré á mis hijos un nombre mas sólidamente glorioso, sacrificándome por ella, que mandando á los pueblos desde la altura peligrosa del trono.»

Un decreto de proscripcion tuvo por respuesta, y por recompensa de sus heroicos servicios el destierro de su amada patria; marchó para Liorna dejando á los bucnos mexicanos anegados en llanto y amargura, y recorrió otros países, llevando en su frente las señales de su inmarcesible gloria, y la ingratitud de sus conciudadanos, hasta que creyendo á su patria en inminente riesgo por la lucha que le preparaba la Santa Liga para reconquistarla, olvidó generoso todos sus agravios y volò á ofrecerle su espada y su vida, porque conservara siempre esa preciosa INDEPENDENCIA que él mismo le había dado.

¿Y quién de vosotros ignora el triste resultado de empresa tan grandiosa? ¡Ah! mis lábios se rehusan á pronunciar el inaudito crimen que se cometió con el caudillo querido de la Independencia; pero no podría callar sin dejar incompleta la narracion, y así, os diré, aunque con pena de mi alma, que desembarcado Iturbide en Soto la Marina, supo con inesplicable sorpresa estar declarado que quedaria fuera de la ley, desde el instante mismo que pisara nuevamente las playas de su patria.

En vano protestó contra la bárbara disposicion, que lo inmola-ba al furor de los partidos; en vano con su natural elocuencia patentizó al general La Garza la enorme mancha que iba á caer en los fastos de México, si sacrificaba tan villanamente al que ignorando dicha ley por hallarse en alta mar cuando se había publicado, no estaba en su mano darle cumplimiento; y en vano, en fin, hizo todos los esfuerzos posibles para evitar el baldon enorme que

hoy pesa sobre los mexicanos. Mas la suerte estaba echada: una víctima ilustre debía de sacrificarse, y como la Francia en medio de una revolución desastrosa que había conmovido la Europa, atentó contra la vida de su virtuoso monarca Luis XVI, así México por una fatal imitación, inmoló también á su padre, á su libertador, á su amigo, al hombre grande á quien debió el ser político que hoy tiene; y en un patíbulo levantado en el triste pueblo de Padilla y por la mano misma de aquellos soldados que tantas veces había conducido á la victoria, pero que en fuerza de la severa disciplina militar, tenían que obedecer las órdenes superiores de sus gefes, echó su último suspiro dejando esta morada donde reina la injusticia, para ser colocado en el escabel celestial de un Dios de infinita bondad, que sabe premiar así las pequeñas como las grandes acciones de los hombres.

Sí, mexicanos, no lo dudeis; ITURBIDE desde las plantas del Ser Supremo, regulador del Universo, escucha ahora mi voz apagada por el dolor, y conmovida por la vergüenza de nuestros pasados extravíos; mira también nuestro tardío arrepentimiento, y siempre bondadoso, siempre amante del país donde vió la luz primera, dirige al Eterno las más ardientes súplicas por su perpétua felicidad y gloria.

Consumado el horrible crimen de Padilla, hemos sido desde entonces víctimas desgraciadas de los partidos políticos, en cuya constante lucha, si el ejército que contribuyó á la independencia se ha visto también dividido, no puede negársele con justicia que la nación le debe el conservar su unidad, evitándole los males sin cuento consiguientes á una desenfrenada anarquía.

Nuestro ejército, que no es otra cosa que una porción de mexicanos armados, para sostener con dignidad los derechos sagrados de la patria, se ha visto, especialmente en esta última época, horriblemente vilipendiado y atrozmente calumniado, mas por los enemigos interiores que por los exteriores de la república; pero el ejército que en 1821 venció á las tropas españolas, venció también á fuerza triple de las mismas huestes en las ardientes márgenes del Pánuco, á las órdenes del benemérito general SANTA-ANNA, consolidando con su glorioso triunfo nuestra preciosa Independencia; combatió también heroicamente á las órdenes del mismo ilustre ge-

neral, en Tejas y en Veracruz, contra el enemigo extranjero; y últimamente, ya lo habeis visto, mexicanos, ha regado con su sangre la ruta del invasor. Permitidme que os refiera brevemente algunos de sus hechos mas notables, para que conozcais mejor la justicia con que se le ha acusado.

En *Carricitos* una pequeña fuerza del 7.º de caballería pasó á cuchillo á mas de doscientos ginetes de la vanguardia enemiga.

En *Palo Alto*, cinco horas sufrió con incomparable heroismo un mortífero cañoneo; con entusiasmo pedía cargar á la bayoneta, y si la victoria no coronó sus esfuerzos, fué solamente por la incomprendible inercia del general que lo mandaba.

En la *Resaca*, desbordada la ala izquierda de nuestra línea de batalla, porque cuando fué atacada por el enemigo, el mismo general se entretenía bajo su tienda en estender comunicaciones oficiales, el ejército se dispersó, como se dispersó el ejército de Napoleon en los campos de Leipsik y despues en Waterloo.

De *Matamoras* el ejército verificó su retirada, por órden espresa del repetido general, y en ella sufrió tantos desastres por la inelencuencia del tiempo y la falta absoluta de agua y de víveres, que puede compararse esactamente con aquella famosa retirada de los diez mil griegos, que refiere Xenofonte despues de la muerte del jóven Ciro.

En *Monterey* de Nuevo-Leon, las tropas mexicanas en la fuerza de un sol abrasador, y con un empeño que les hará siempre honor, fortificaron su posición, rechazaron varias veces las gruesas columnas enemigas, persiguiéndolas luego fuera de los fortines que ocupaban, y cuando por la escasez de municiones despues de cuatro dias de un ruído combate, fué preciso abandonar aquella plaza, se verificó por medio de una capitulacion honrosa, saliendo con sus banderas desplegadas, con sus armas, bagages y batiendo marcha; no de otra manera, que como salió de Mantua el ejército austriaco, despues de haberla defendido valientemente contra las fuerzas de Napoleon. Mas de mil heridos americanos quedaron en los hospitales de Monterey, y sabido es, que el gobierno de los Estados-Unidos reprobó la capitulacion del general Taylor, prueba evidente, que no le pareció corresponder á los inmensos sacrificios que le habia costado.

En la *Angostura*, en esa espléndida batalla dada por el general Santa-Anna, las armas de la República se cubrieron de gloria; el enemigo fué arrinconado bajo la punta de nuestras bayonetas hasta sus últimos retrincheramientos, y se le arrancaron en medio del combate banderas y cañones, trofeos gloriosos en cuya adquisicion se prodiga la vida de los hombres. En lo mas fuerte del combate, el caballo del general en jefe cayó herido por la metralla enemiga, el mismo general SANTA-ANNA espuso su vida cien veces en tan encarnizada pelea, y puedo decir de su arrojo, aunque tema ofender su modestia, lo que un ilustre escritor ha dicho de Hernan Cortés, en ocasion semejante, á saber: “Siempre tuvo la espada en el enemigo, la vista en los suyos y el consejo en su lugar; dejando en duda, si se debió mas á su ardimiento que á su pericia militar. Virtudes ambas que poseyó en grado eminente, y que se desean sin distincion, ó concurren sin preferencia en los grandes capitanes.”

Mas la falta casi absoluta de víveres, la epidemia que comenzaba á desarrollarse, mas de 700 heridos que teniamos tirados en el campo, y la circunstancia de que, mientras el enemigo se reforzaba nosotros nos debilitábamos; mientras él se apoyaba en el Saltillo y Monterey nuestro ejército lo hacia en el desierto que tenia á la espalda, fué la causa de la retirada que practicó primero á Agua-Nueva, y despues á San Luis Potosí. El triunfo quedó por nuestras tropas, y el feliz écsito de tan gloriosa campaña, se palpó luego que se vió la imposibilidad en que quedó el general Taylor para peseguir al ejército que desde la Angostura hasta Cerro-Gordo, (marcha que sabrán apreciar los que fueren entendidos en el arte de la guerra) se movió rápidamente para combatir contra las fuerzas del general Scott.

La defensa de Veracruz y de Cerro-Gordo, y los campos de Padierna, Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec y garitas de Belen y de San Cosme, que nos recuerdan el heroico arrojo de Vazquez, Palacios, Velasco, Frontera, Perez, Peñúñuri, Balderas, Xicotencal, Leon, Gelati, y otros muchos militares y guardias nacionales que dieron la vida por la patria, prueban hasta la evidencia, que cuanto se ha dicho por difamar al ejército y á su ilustre caudillo, fué tan solo para disculpar la conducta de los que egois-

tas é indiferentes á los males de la patria, se mantuvieron siempre distantes del peligro.

La ingratitude de los Atenienses para con Pericles en pretender que diera cuenta de su administracion, hizo que este hombre célebre suscitase la guerra del Peloponneso, que fué la causa de la destruccion de todas las Repúblicas de la Grecia. Así, pues, la impolítica del gobierno llamado de Querétaro, en querer que el general SANTA-ANNA diese cuenta de su conducta cuando se mantenía aún con la espada sobre el enemigo en Puebla, Acajete, Huamantla y otros puntos, fué el origen de que este ilustre caudillo se espatriara de su pais, quedando desde entónces absolutamente libre el ejército enemigo, y en gran peligro nuestra nacionalidad.

Pero la Divina Providencia que vela siempre por la conservacion de las sociedades, dispuso al fin que los mexicanos salieran del abatimiento en que yucian por la adopcion de un sistema de funesta memoria, y que un gobierno justo, prudente y fuerte, se colocara al frente de los destinos de la infortunada nacion mexicana.

Conciudadanos: deponed para siempre en este dia solemne, ante las aras sagradas de la patria, esos rencores de partido que proscriben la RELIGION, que ponen en peligro la INDEPENDENCIA, y que hacen ilusoria nuestra necesaria UNION. Dirigid constantemente la vista á la tumba de nuestros héroes, y recordando con gratitud sus esclarecidos hechos, seguid la senda de honor y de gloria que nos han dejado trazada.

Y vosotros tambien, compañeros de armas; si otra vez México tuviere que luchar contra un enemigo extranjero, imitad el ejemplo heroico de HIDALGO, de MORELOS, de ITURBIDE y de SANTA-ANNA; jamas olvideis sus cruentos sacrificios; no mancilleis tampoco su memoria, y preferid siempre la muerte á una paz ignominiosa, y tened presente, que *«Del templo de la virtud se pasa al templo de la gloria.»*—DIEZ.